

PRIMER PLANO

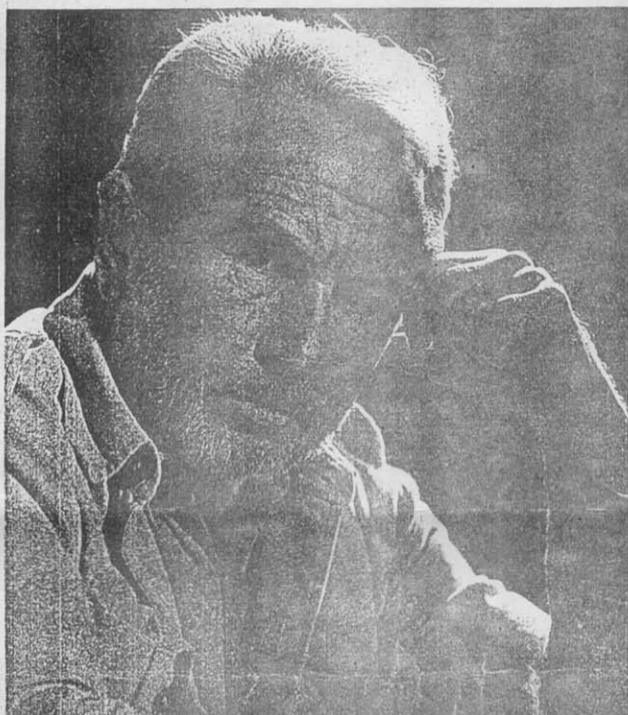
BATUZ

En pocos años pasó de los médanos de Gesell a cumbres de fama y sólidos castillos, pero ya sueña otra villa, perfecta y movediza

"Mi próxima obra plástica tendrá como material un ejército vivo, el alemán. Cada soldado llevará un árbol de cierto color, altura y follaje. Mediante telecomando produciré movimientos semejantes a los del pincel, para agrupar, componer, colorear." Batuz ha hecho este anuncio desde la cabecera de una imponente mesa directorial que, cotidianamente, reúne banqueros y, aunque ellos no estén presentes, el proyecto crece lo mismo en factibilidad. Además, el artista parece vestido como para entrar en campaña —ya se verán las posibles razones—, pero en cualquier caso, Batuz confirma un notorio desdén tanto por las fronteras formales como por las políticas. Sería la primera vez que un ejército actúe constructivamente sobre el paisaje y es de imaginar que el pintor-comandante ofrece suficientes garantías, sobre todo en cuanto al riesgo de administración del material. No se trata de usar trementina si un batallón se derrama por aquí o por allá.

Según el Wall Street Journal, Batuz ha acreditado ya suficiente pulso y coraje como para que se lo considere uno de los diez pintores que en el mundo importan. Ciertamente quien primero lo afirmó fue el propio Batuz, pero pronto se le sumaron algunos críticos neoyorquinos, un gran coleccionista y varios museos de arte moderno de América, Europa y Japón. ¿Podría imaginarse que este artista se haya desarrollado en la Argentina durante casi un cuarto de siglo y que, hasta no hace muchos años, haya vendido aquí sus obras?

Oír para creer: "Mi tierra natal es Hungría. Nuestra casa estaba en Matradercske, en tierras que fueron de la familia por generaciones. En el 44, la guerra nos llevó a los caminos y a campos de refugiados; ya nunca volveríamos. Era casi un chico cuando llegué a Buenos Aires, en 1949. (Aquí adoptó como su nombre el de una aldea húngara, Batuz. Y desde entonces no da a conocer el que le pusieron sus padres.) Una enfermedad cardíaca y el obligado reposo me acercaron a la pintura. Copiaba esforzadamente obras de grandes maes-



tros y, poco a poco, fui hallando mi propia expresión. En el 61 me casé con Ute Mattel, una nieta del compositor vienés Von Webern. En el 63 nació nuestro primer hijo, Sasa, y al año siguiente nos radicamos en Villa Gesell".

Tal vez aquella elección todavía lo condicione y por eso está vestido como para encarar el otoño gesellino, el verano de Nepal o la primavera de la Via Veneto. Luce como un explorador pero ciertos detalles refinados también remiten a la alta moda. Aun así, es ropa para marchar hacia el desafío, rumbo a nuevos límites. En la vivaz, clara mirada de Batuz no hay reflejos de aquella dorada y ya perdida villa de Fabbri, Pipach y La Golondrina. Hombre y lugar tienen ahora otros planes.

"Allí empezaron mis experiencias que rondaban siempre, obsesivamente, las fronteras del espacio, de la materia. Comencé a esculpir en cemento y en roca volcánica, abordé mis primeras esculturas orgánicas sin plan previo. Ayudado por Ute levanté

mi estudio con técnicas de construcción propias y nuevas. Todo parecía ir mejor. En el 65 nació Andrés, nuestro segundo hijo, y en el 67 llegó Dada, la niña. Los cuadros de mi primera exposición se vendieron todos y pronto Wildenstein pasó a ser mi único marchand. Yo empecé a sospechar que algo debía andar mal en mi obra, puesto que todos parecían encontrarla bien."

Cuenta que fue Rafael Squirru quien supo comprenderlo y aconsejarlo. Debía buscar nuevos escenarios y, en 1972, reunió sus últimos trabajos y partió en una gira que pudo ser catastrófica. "En el 73 el cambio de gobierno me dejó sin sponsor en Nueva York y quedé varado, virtualmente en la ruina. Una exposición en la OEA, en Washington, me salvó y ya pude permitirme llevar a mi familia. Nos radicamos en Connecticut y el garaje de la casa se convirtió en estudio."

Lo demás es ya historia reciente. Magnates que se deslumbran con la originalidad de Batuz; Colonia, Zurich y Madrid que se anticipan a comprar obras

para sus museos y hasta un cineasta, Rawn Fulton, que filma durante ocho meses las curiosas técnicas del pintor. Cuando llega Tas, el tercer hijo varón, ya no son vecinos de Trudy Gesell sino de Paul Newman. Sin embargo, el placet para la jet society no será utilizado por Batuz, ni siquiera cuando pasa a disponer, para la Fundación Batuz, de un sector del castillo de Schaumburg, en Alemania Federal. Los límites seguirán siendo la obsesión del artista y allí, a orillas del Lahn, hace nacer la *Société Imaginaire*.

Batuz había pedido hablar únicamente de ella y sólo ahora la nota le será leal: "La *Société* no se limita a llevar al castillo altos creadores. Aspira a formar con ellos una ciudad, una *polis*, por más que los separen miles de millas. En el 87 y 88 estuvieron en Schaumburg, Badii. Presas y muchos otros artistas argentinos que expusieron allí y en varios lugares de Alemania Federal. Escritores, como Angélica Bosco, Enrique Molina, Gudiño Kieffer, pasaron a ser 'vecinos' de Michel Butor, de Ales Vesely, de Reuben Nakian. América latina y el este europeo me importan porque sé bien de su aislamiento. ¿Puede creerse que haya galeristas europeos que no conocen a Torres García?"

A Batuz no le importa reconocerse como reclutador de una elite para poblar su ciudad. Ya dejó traslucir que la entrevista sólo le interesa por lo que pueda movilizar su proyecto. Así como su obra máxima —*Omen*, que "puso de hinojos a los japoneses"— fue hecha con pasta de papel, se diría que el papel y la tinta de esta página debieran ayudarlo a modelar la sede Buenos Aires de su ciudad sin fronteras. Claro, junto con papeles más decisivos, como las cartas elogiosas del embajador Limmer. Y, sobre todo, con otros aún más universales e indispensables que ya comienzan a acumularse varios pisos más abajo, en la bóveda del Deutsche Bank.

Ignacio Xurxo

(c) LA NACION